



<p>SE PUBLICA</p> <p>UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p> <p>AÑO I.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CASTELLAR, BANCIA, ORENSE, YÍ Y MAROAL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, BANCHEZ PEREZ, JOANETTI, CALA, CORDOVA, RANCHEZ RUBIO, PRO, ROBERT, ALTADILL, ZAPATA, TREBERRA, ESTEBANEZ, SOLER, MERCADO, WEDA, ALVADILL, ANER, VALDÉS, FLORES, LA FUENTE, SINGOET, SIERRA, LOZANO, SARTRE, COLL, PINEDO, ALMISALL, RUBAT, LOSTAU, CLAVÉ, RIPA, CARRION, ETC.</p> <p>DIRECTOR,</p> <p>Enrique Rodríguez Solís.</p>	<p>EDITORES</p> <p>J. CASTRO Y COMPANIA</p> <p>ADMINISTRACION: Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p> <p>NÚM. 23.</p>
<p>MADRID 8 DE DICIEMBRE DE 1871.</p>		

SUMARIO.

TEXTO.—El auto de fe, por Roque Bárcia.—Oliverio Cromwell, por I. García del Real.—El Cristianismo y el Progreso, por Angel Gamayo.—La fatalidad, por J. N.—[Glorias cubanas] por N. Estévez.—Goya, por Liso.—Conocimientos útiles, por Nazario de Josa.—Patio de una cárcel de mujeres.—Teatro, por E. Rodríguez Solís.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Francisco Goya y Lucientes.—Las pobrecitas.—Patio de una cárcel de mujeres.

EL AUTO DE FE.

VIII Y ÚLTIMO.

El pensamiento de Cisneros (Cisneros pensaba; hay que hacer justicia á todo el mundo) fué establecer una fiscalía que *inquiriese* quiénes eran cristianos, quiénes musulmanes, quiénes judíos.

Su pensamiento era *inquirir* la población judía y musulmana, con el objeto de expulsarla y limpiar la raza latina.

Cisneros creyó que el cruzamiento de las razas acabaría por hacer impura nuestra sangre, ahogando las virtudes de nuestro origen y los méritos de la Revelación.

El P. Gimenez de Cisneros no obró como verdugo: obró como español y como cristiano.

Se engañó su siglo con él, y él con su siglo; pero su pensamiento no era inventar **EL AUTO DE FE**.

El *inquirir* se tornó más tarde en *quemar*, y basta de

esto. No quiero hablar de Torquemada, que viene á ser un Moneta español.

No quiero hablar de los Reyes Católicos: ¡reyes católicos que venden la vida de los pobres moros de las Alpujarras como si fueran cerdos!

¿Qué digo cerdos? El cerdo vale más.

Hubo judío, hubo moro que compró su vida por *cuatro reales*.

¡Alguno habría que la compraria por cuatro cuartos!

Y si no habia cuatro cuartos, *¡la muerte!*

¡Ah! Por cuatro cuartos, por cuatro reales, por cien, por mil duros se jugaba la vida de una criatura que es imágen y semejanza del Altísimo.

¡Reyes católicos!

¡Callad, embusteros!

¡Callad, hipócritas!

¡Callad, impíos!

En el grabado que motiva estas líneas están representados admirablemente dos tormentos: el del *fuego* y el de la *cuerda*.

La Inquisición se valió además del agua, del hierro, de la garrucha, del aspa y de las cuñas ó tabillias.

De todas estas creaciones de la naturaleza y del arte sacó manera de atormentar al sér humano.

El tormento del fuego, lo que se llama *auto de fe*, representa á un jóven, cuyo origen, nombre y pecado son muy dudosos.

El condenado, caído de rodillas, con todo el pecho al aire, con los dedos de la mano abiertos por el terror,

con la cabellera desgrenada y con los ojos espantados, significa muy bien el trance amarguísimo de aquella tremenda situación.

Es también sumamente notable el verdugo, que sujeta á la víctima por el brazo izquierdo, y cuyo semblante brutal parece perderse ó confundirse dentro del capuz.

La parte de barba y de rostro que se ve, ¡qué bien hecha está!

Tiene la cara roma, achatada, como la pantera. ¡Qué idiota es!

Hacia la izquierda, cerca del primer palo, que es el de Antonio Perez, hay dos figuras negras que desatan los haces destinados á encender el fuego del sacrificio.

A ninguna de aquellas figuras se las ve la cara.

El pintor fué muy sábio. ¡Qué adelantaría el mundo con ver la cara de dos salvajes?

Uno de los sayones, el de la derecha, se cubre el rostro con una mano, como para evitar el ardor del fuego.

Pues ven acá, criatura perdida; ven, hombre malvado: si tú evitas que el fuego te queme, ¿cómo permites que abrasé á un hombre que pudo ser tu hermano, tu padre, tu hijo?

«¿Qué me contestas, monstruo?»

¡Ah! Tú no contestas; los monstruos devoran; los monstruos no hablan; pero mueren.

Tu mano oculta al mundo tu semblante: ¡hace bien tu mano!

«¡Oyeme, sayon! ¡Ves esas víctimas que te rodean? ¡Ves ese condenado que arderá pronto sobre los sarmientos que ahora desatas, que atizarás despues?»

«¡Oyeme, verdugo! Ese condenado revivirá en la historia, en el alma de todos los siglos, en la conciencia de todos los hombres, en el bendito corazón de todas las madres.

Tú, con ese capuz negro; tú, con esa cara oculta; tú, con ese misterio sombrío, te perderás eternamente en los insondables abismos del tiempo.

Pero ¡ay! ¿Tienes tú la culpa, sayon?

Los héroes, en el tormento de la cuerda, son dos personajes famosos.

La figura que está á la derecha del grabado, casi de espaldas, respresenta la cruel tortura de Antonio Perez, favorito de Felipe II, acusado de haber tenido parte en el asesinato de Escobedo, secretario y privado de D. Juan de Austria.

Segun la historia, Antonio Perez, ora fuese mandado por su amo, ora obligado por la hermosa princesa de Eboli, ora por envidias y rivalidades contra el hijo bastardo de Carlos V, ora, en fin, por causas que nadie conoce, compró el puñal que debía matar á Escobedo, el mismo quizá con que se le mató.

El fundador de San Lorenzo, el tenebroso rey del Escorial, como le llama muy oportunamente un novelista célebre, amaba á doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, que llenaba la corte del rey beato con su belleza y sus aventuras: es decir, con sus *beaterías*.

Felipe II, que era el primero de los inquisidores de su siglo; aquel rey astuto y malicioso, para quien no existían secretos en la corte, ni en las conciencias, supo averiguar que su favorito requería de amores á la Mendoza; y el puñal que mató á Escobedo, aquel puñal comprado por Antonio Perez, le ofrecia un seguro pretexto de venganza contra su dama y su favorito.

Aquella venganza vino en breve, como no pudo menos de venir; sombría, terrible, inexorable: era la venganza de un inquisidor: era la venganza del Santo Oficio: era la venganza sin tregua de Felipe II: la venganza de un fraile.

Del proceso de Antonio Perez tomamos los siguientes apuntes:

«Al instante mismo le replicaron dichos jueces (eran dos, enviados por la Inquisición, lo cual vale tanto como decir que eran enviados por el rey), que persistiendo en toda su fuerza y vigor los indicios, le mandaban poner en cuestion de tormento; y si en él muriese ó lesion de algun miembro sucediera, fuese por su culpa y cargo; y dijo lo que dicho tiene: que por estas dos cosas, la una el ser hidalgo, y la otra el daño y lesion que resultase en su persona, atento á estar tullido de las largas prisiones de once años, los dos jueces le hicieron entonces quitar los grillos y la cadena, ordenándole que prestara juramento y declarase lo que se le prevenia; mas habiéndose negado á ello Perez, el verdugo Diego Ruiz le quitó los vestidos dejándole en calzoncillos.

«Retirase este en seguida, y aquellos le intimaron de nuevo diese cumplimiento á la orden del rey, cominándole con el tormento por el *cordel*, si así no lo hacia.

«Repitió de nuevo Perez que se referia á lo que tenia dicho. Enseguida, habiendo preparado la escalera y aparato del tormento, el verdugo Diego Ruiz cruzó los brazos el uno sobre el otro, y dióle una *vuelta de cordel* que le hizo arrancar grandes gritos, diciendo que habia de perecer en el tormento, y que no tenia que confesar, sino morir. Lo que repitió varias veces, habiéndole llegado á dar hasta *cuatro vueltas de cordel*.

«Entonces los jueces repitieron su intimación de que declarase lo que se le habia mandado, á lo que contestó con grandes gritos y exclamaciones: «*¡No tengo nada que decir, y vive Dios que estoy manco de un brazo, como saben los médicos!*»

«Y con grandes sollozos añadió: «*¡Señor, por amor de Dios, que me mancan y que me han manecado la mano; por Dios, señor!*»

«Y luego dijo desfallecido y sufriendo la horrible presión de ocho vueltas de *cordel*: «*¡Hermano, que me matas: señor Juan Gomez, por las llagas de Dios, acábenme de una vez!*»

He copiado una de las piezas del proceso; y si en nuestra patria hubiese gobernantes, que no los hay, ni los habrá hasta que el cielo ordene cosa mejor, todos esos procesos inquisitoriales deberian ver la luz pública para enseñanza y escarmiento de la presente y venideras generaciones.

El Sr. Juan Gomez era sin duda uno de los jueces.

El hermano á quien habia, debió ser, por lo que se infiere, Diego Ruiz, el ejecutor.

Antonio Perez llama al verdugo *hermano*.

«¡Hermano, que me matas!»

Hé aquí una de las expresiones más grandes que ha engendrado la terrible elocuencia del dolor.

Voy á explicar la otra figura, la que está á la izquierda de la estampa.

D. Rodrigo Sarmiento de Villandrando, duque de Híjar, fué acusado de pretender alzarse con la corona de Aragon.

Esto acontecia á mediados del siglo XVII, ó sea en 1648.

El presunto reo fué condenado á sufrir la tortura de cuerda.

Colocado el duque en el potro, el juez hizo una seña, y el verdugo dió la primera vuelta á los cordeles.

—¡Jesús! exclamaron de arriba.

—¡Confesais que queríais alzaros rey de Aragón?

—Nada tengo que confesar.

El juez miró al verdugo, y el verdugo dió la segunda vuelta.

—¡Jesús! volvieron á exclamar desde lo alto.

—D. Rodrigo Sarmiento de Villandrando, ¿qué teneis que decir á la justicia de estos reinos?

—Nada.

El juez entendió que el ejecutor no apretaba bien los cordeles, y llamó en su ayuda nuevos auxiliares.

Estos auxiliares apretaron con tal violencia, que la soga no pudo resistir y saltó en pedazos.

—¡Jesús me valga! gritaron desde arriba tercera vez.

—D. Rodrigo Sarmiento de Villandrando, ¿qué teneis que decir al rey nuestro señor?

—En nombre de Dios, nada; ni al rey, ni á la justicia, ni al Santo Oficio.

El atormentado fué conducido en unas angorillas á su propia casa, y en el momento de principiar la curación quedó desmayado, diciendo: *¡Jesús me asista!*

El tormento fué prohibido en el año 14; y en el 20 la Inquisición.

¡Luego extrañamos que no tengamos todavía costumbres y hábitos liberales!

¿Qué hemos de tener? Lo que se ha logrado en tan poco tiempo, raya casi en prodigio.

Ningun país del universo se ha civilizado tan pronto. ¿Qué hemos de tener, si el otro día fuimos atormentados y quemados por los inquisidores?

¿Qué hemos de tener, si el otro día tiraban nuestros padres del carruaje del traidor Fernando?

¿Qué hemos de tener, sino maldades realistas ó hipocresías fraílunas?

Pero aquel mundo pasó ya, y otro mundo llama á nuestras puertas.

Amarga es nuestra vida, pero no nos quejemos de nuestro siglo.

No nos quejemos de la suerte que nos ha cabido en el reparto misterioso de la Providencia.

Pero hay una memoria que me aflige.

¡El estandarte de la Redención, la Cruz del Nazareno, esa hora terrible y sagrada del *Hijo del Hombre*, vino siempre á santificar esas herejías, esas execraciones, esas indignidades!

¡Oh Cruz! Tú que viste el llanto de María la hebrea; tú que oíste el suspiro de aquella madre; tú que sentiste gotear sobre tu madero la sangre de Jesús; tú que siempre caíste en poder de judíos y de paganos, arráncate del palo y del hierro; niegate á presenciar esos bárbaros sacrificios de la bárbara idolatría; huye de los patibulos y espanta á los pueblos, á los legisladores, á los jueces y á los verdugos.

¡Oh cruz del Cristo, sé una vez cristiana!

Y vosotras, generaciones que fuisteis testigos callados de tantas blasfemias; vosotras, que asistísteis á los tormentos de tanta víctima sin lanzar un grito de horror; vosotras, que estais acusadas como reos de crueldad ante el tribunal de nuestros hijos, vestios de luto; y con los ojos húmedos por las lágrimas; con los ojos hundidos por el remordimiento y el dolor, inclinad la frente, besad la tierra y pedid perdón á la historia, puestas de rodillas sobre la tumba de los mártires.

He terminado, no sin haber quitado á mis ojos muchas horas de sueño. ¡Dichoso yo, si la fe que ha escrito estas letras, puede comunicar algun espíritu á la inmensa historia del porvenir.

Un hombre se va; otro hombre viene.

¡Aras impías, manchadas de sangre y de impureza! ¿qué esperais?

¡Idolos de tierra! ¿qué haceis?

ROQUE BARRAL.

OLIVERIO CROMWELL.

(Continuación.)

Así empezaron las luchas del poder con el derecho. Pero ni las amenazas del rey, ni las del guarda-sellos, más virulentas todavía, intimidaron á los representantes del pueblo, quienes firmes y seguros sobre las bases de la justicia, ya no se limitaron á negar respetuosamente, sino que en abierta oposicion declamaron contra las medidas arbitrarias, contra los préstamos forzados, los donativos sarcásticamente llamados *gratuitos*, etc., etc., y por último, contra las prisiones ilegales, tan odiosas como frecuentes á la sazón.

Y tanto arreció la tormenta, que acordaron no acceder á ninguna de las demandas régias interin Carlos no declarase que en adelante ninguna autoridad, absolutamente ninguna, pudiera obrar de un modo contrario á las leyes, ya en el órden político, ya en el social, ya en el religioso.

El que creyese que esta disposicion, estrictamente justa para los intereses del pueblo, y cuya pronta aceptacion hubiera impedido graves disturbios, emendando acaso desaciertos muy anteriores, habia de obtener del rey favorable acogida, demostraria un absoluto desconocimiento del carácter de los déspotas y de su fatal ceguedad.

Una proposicion, que aun imperando el régimen monárquico en todo su vigor debiera considerarse por el trono no ménos justa que aceptable, puesto que significaba la confirmacion de un derecho hollado, pero no abolido, escarnecido pero no humillado, por los instrumentos de la Corona; cuando la misma Carta reformada en tiempo de Enrique III plenamente le establecia; aquella equitativa proposicion—*se habrá de repetir*—fué mirada por el monarca como un atentado á sus prerogativas y autoridad.

Hizo, en consecuencia, todo lo posible para impedir los efectos de dicha proposicion; pero cuando vió que solo su consentimiento expreso era capaz de satisfacer á la Cámara, hubo de decidirse á darlo, aunque de una manera evasiva y en términos de doble sentido, que le dejaron en posesion de todo su antiguo poder.

Nuevas reclamaciones tuvieron lugar, y entonces el rey, para no provocar de nuevo el enojo de un Parlamento cuyos ecos hacian ya estremecerse hasta los cielos de su trono, y para preservar á su favorito de los certeros tiros de la opinion, escandalizada por sus crecientes malversaciones y por su fausto oriental, hubo de acceder á todas ellas. El pueblo aplaudió sin reservas, sin tener en cuenta la mala voluntad con que el

monarca procedía y sin presentir las nuevas y más tiránicas exacciones que le aguardaban.

Con efecto, poco después nombraba Cárlos una comisión de treinta y tres individuos de los principales cuerpos del Estado para acordar los medios de crear nuevos impuestos. La Cámara de los Comunes pidió que tal comisión, anulada de derecho, lo fuese igualmente de hecho. El monarca, por toda respuesta, se presentó en la Cámara y cerró sus puertas.

Aferado á su idea de sostener como sagrados todos los privilegios más arbitrarios de sus antepasados, y á que el pueblo no tenía otro derecho que el de sufrir y callar, no hubo de tardar mucho en convencerse amargamente de que si algo hay de divino en la legitimidad de los poderes, este algo pertenece á la soberanía del pueblo.

Por otra parte, la cuestión religiosa, que en la historia del pueblo inglés ha tenido siempre una importancia capital, no quedaba mejor parada bajo el gobierno de Cárlos I. «La conducta de este rey fué siempre muy equívoca en materia de religión, dice un cronista distinguido de aquellos tiempos. A la vez favorecía al clero anglicano y á los católicos: al primero porque sostenía su tiranía, y á los segundos porque le contribuían con grandes cantidades de dinero. El doctor Manwaring predicó á favor de la autoridad arbitraria, y á pesar de haber sido censurado por el Parlamento, el rey le colmó de dignidades. Otro parcial de la corte publicó un libro en favor del catolicismo, y el rey prohibió la respuesta escrita en contra.»

Las opiniones religiosas de la nación inglesa eran completamente opuestas á toda especie de exterioridad, y las ceremonias conservadas después del establecimiento del protestantismo parecían pueriles al pueblo, juzgándolas, no sin razón, reminiscencias de la idolatría. Habría de ser, por lo tanto, absurdo é impolítico el restablecimiento de dichas ceremonias y la introducción de otras nuevas con tendencia al catolicismo.

La secta de los puritanos habíase introducido en Inglaterra durante el reinado de Isabel, habiendo adquirido aquel nombre por la pureza de costumbres de sus afiliados. Para comprender si podría ser peligrosa para la monarquía, bastará fijarse en que sus dogmas admitían la igualdad de todas las clases; en que sus partidarios eran generalmente hombres exaltados, tenaces en sus opiniones y de sentimientos diametralmente opuestos á la Iglesia romana; y por último, en que al sembrar los principios de la libertad religiosa, habrían de hacer fructificar igualmente la semilla de la libertad política.

Aquellos hombres abrigaban una aversión profunda á las ceremonias exteriores de la religión. En sus opiniones políticas se reproducía el espíritu de independencia de sus oraciones á la divinidad, y de sus controversias vinieron á resultar los principios de la libertad civil, hasta entonces ignorados en Europa.

Habidos, pues, en cuenta los antecedentes de esta secta y el inmenso desarrollo que iba adquiriendo en el pueblo, no es de extrañar que á las muchas causas de discordia entre este y el monarca se uniera la persecución contra los puritanos por parte de la autoridad real, secundada por los obispos y demás clases del clero, que se empeñaban en conservar á toda costa las ceremonias pomposas de la Iglesia primitiva, y especialmente en

conservar una supremacía absoluta que sus insensatas predicaciones se hallaban muy lejos de afirmarlas.

Recrudeciéndose la lucha religiosa, á medida que se aumentaba la que sostenían el trono y los representantes del pueblo, Cárlos se decidió á cerrar definitivamente el Parlamento y á no volver á convocarle durante el resto de su reinado.

Esta ínicua resolución la hizo saber á sus colegas el presidente Juan Finch en el momento en que se rechazaba unánimemente la imposición de un tributo nuevo, tan arbitrario como la mayor parte de los conocidos.

El tumulto fué general, como el espanto y la indignación, obligándose al presidente á continuar en su asiento interin se redactaba una protesta, que fué aprobada con aclamaciones unánimes. A pesar del laconismo de redacción de la protesta, en sus cláusulas terminantes se declaraba á los católicos enemigos del Estado y se condenaba el tributo como contrario á las leyes, considerándose como reos de alta traición no solo á los que quisieran imponerlo, sino hasta á los que llegaran á pagarlo.

Siglo y medio más adelante, el presidente Bailly, durante la célebre sesión del Juego de pelota, precursora de la revolución francesa, se daba la mano con el inflexible Juan Finch al poner su firma en la protesta que hubo de ser la piedra fundamental del monumento de las libertades inglesas.

(Se continuará.)

L. GARCÍA DEL REAL.

EL CRISTIANISMO Y EL PROGRESO.

Todas las ideas, en su primitivo gérmen fecundo de progreso, tuvieron una sagrada misión sobre la tierra. El pensamiento del hombre al dar forma, color y vida á las inspiraciones de su inteligencia, al modelar en su poética fantasía el ideal de la existencia de un Sér Supremo y sobrenatural, tal vez, sin saberlo, instituyó sobre la modesta pira del holocausto la virginal fórmula del progreso. Sin pecar de exagerados, con la experiencia y el desengaño que nos presta la historia, forzoso es convenir que todas las religiones primitivas, á pesar de sus extravagancias y ridículos, tuvieron por lógica y fundamental base la razón universal.

Antes que la moral de Platon iniciase un rito dogmatizado y escrito, todas las creencias religiosas dispersas y dislocadas entre sí, pero obedientes á un principio natural y comun, copiadas de la naturaleza misma, en vez de ser un yugo para el espíritu, constituyeron la verídica expansión de los siempre estéticos é impresionables sentimientos del hombre.

La belleza de un astro benéfico, la perfección de un objeto material, fueron las primeras ideas que inspiraron al altar y al sacerdote. Cada nación, cada pueblo, cada raza, cada familia se encomendaba á sus *manes* favoritos: todos tenían igual punto de partida é idéntico límite.

A la aparición del Cristo, á la enérgica voz del Galileo, que predicaba la igualdad entre los hombres y la esperanza eterna en una vida futura, junto á las apacibles márgenes de un lago y á la sombra de las frondosas palmas de Sion, á una muchedumbre silenciosa y

harapienta; á la aparición de un profeta que sin temor á las aristocracias del Imperio y á los fariseos de la ley judaica predicaba la libertad, la sociedad no pudo ménos de simpatizar con una doctrina que reivindicaba al hombre esclavo su emancipación perdida.

El Cristianismo fué el primer dogma revolucionario. Fué la enérgica protesta de una generación de siervos y de mendigos contra un puñado de Césares, centuriones y tiránicos mandarines.

Las monarquías se hundien; los imperios se demorran; el Oriente arroja sobre el Occidente sus aventuras y nómadas legiones, y la raza germánica lucha y se retuerce con el delirio de su desesperación, disputando á sus formidables conquistadores palmo á palmo sus graníticos obeliscos, sus gigantescos y ciócleps muros y sus robustos alcázares de hierro y fuego.

Nada hay que baste á contener el victorioso empuje de aquellas salvajes hordas congregadas é impulsadas por la rudeza de sus indomables instintos de independencia á transformar al hombre y conmovier al mundo al bote de sus lanzas y al exterminio de sus incendiarias teas.

Roma, la que con la soberbia de sus pasados triunfos y la ambición de sus mercenarias centurias hasta entonces mantuvo aherrojado al dorado carro de sus victorias la casi totalidad del universo conocido, lánguida y perezosamente adormecida, imponente y lúbrica, siente caérsele su espada de las manos, y al elevar la copa del festín en las saturnales orgías de su decadencia, su Júpiter de oro se estremece, vacila, y por último se desploma despedazado y yerto en las márgenes del Tíber á los entusiastas y victoriosos himnos de una soldadesca feroz y desenfadada.

El mundo antiguo, despojado de su purpúreo manto, envuelto en el sudario del olvido, desapareció con sus patriarcales tradiciones y con sus fantasmas bíblicos en el sombrío sarcófago de sus pirámides eternas y el mortuorio fétido de sus misteriosas catacumbas.

Entonces el Cristianismo vuelve á brillar en toda su pureza. Martirizado y perseguido, ya no es el dogma fanático que engendra sacrificios y abnegaciones, es el principio social que crea héroes, que produce guerreros, y que hace de la cruz, signo de suplicio afrentoso y de redención divina, el mango del acero y la divisa del soldado, que con la fe en el pecho, con el nombre de Jesús en los labios y con el emblema bordado en sus pendones, arroja el cilicio del misántropo anacoreta, se desnuda la modesta túnica del liberto ó del esclavo, y aprestando el casco y la coraza, se lanza al mundo en pos de la gloria de los combates, del frenesí de las batallas y del entusiasmo de las victorias.

El fanatismo del Evangelio y el fanatismo del Koran luchan con igual bravura. La espada y la cimitarra chocan, se enlazan, saltan en chispas, hienden el aire y rotulan la tierra, disputándose la propiedad de una campaña, de un valle, de una roca y hasta de un palmo de ensangrentada arena. Europa entera sucumbe al violento empuje de aquellas bárbaras é invencibles tribus de ojos de fuego y tez bronceada por las ardientes brisas del Desierto.

La raza de Ismael, poética en sus victorias y salvaje en sus conquistas, planta por fin sus tiendas de pieles desde las columnas de Hércules hasta las áridas cordi-

lleras del Cáucaso. El Cristianismo, derrotado y perseguido, despliega á su vez los grirones de su empolvado estandarte en los más inaccesibles despeñaderos y en la cúspide de las más elevadas rocas.

El período de la Reconquista empieza, y con él el despotismo feudal, el privilegio de razas y el imperio de las Abadías. Donde quiera que una algarada se posesiona de un bosque ó de una pradera, allí eleva un castillo; socava la arena, y construye un foso; pulimenta el hierro, y forma los afilados hierros de un rastriilo; cincela la piedra, y esculpe en los robustos torreones de una fortaleza un escudo señorial, espontáneo padron de ignominia para unos, y de ambicioso halago para otros.

El Cristianismo, que representaba hasta entonces la igualdad de los hombres, la fraternidad entre los pueblos y la justicia en todos los derechos naturales, estableció patrimonios, legalizó caprichosamente propiedades, adquiridas por el concurso colectivo, y gozadas no más que por el privilegiado favoritismo de los poderosos.

A la vez que al sirvo se le imponían deberes indiscutibles, el Cristianismo fué el primer dogma autoritario que le negó al hombre el derecho á la vida, consiguientemente é inapartable á su primitivo origen y á su sucesivo engendro progresivo.

Las monarquías, por ciego instinto de egoista conservación, no vacilaron en encumbrar y engrandecer á rudos aventureros, cuya sola virtud se evidenciaba tal vez no más en las abolladuras de su casco, trofeo de alguna empresa afortunada y temeraria, llevada á feliz éxito á costa de la vida de sus mercenarias gentes.

Estos repentinos señores, á quienes sus siervos titularon nobles, á quienes sus reyes hicieron árbitros caprichosos de las vidas y haciendas de sus vasallos, al poco tiempo de parapetarse en sus almenados alcázares de piedra y de rodearse de un centenar de lanzas, elevaron la horca y esgrimieron el cuchillo sobre las pajizas chozas de sus miseros pecheros, siendo los primeros avarientos explotadores del *capital* y los primitivos egoistas centralizadores de los libres productos del *trabajo*. El Cristianismo para ellos solo fué una cruz en campo de gules más que añadir en las galoneadas sobrestas de sus ceremoniosos heraldos. La moral del Evangelio, al crearse este primer germen de las futuras aristocracias, se transformó en un monopolio centralizador é interesado.

En este convulsivo período de la humanidad, sangrienta época en que el espíritu de conquista absorbía todas las inteligencias, y en que la ley del más fuerte constituía la base de todos los derechos y la norma de todos los deberes, el poder autocrático, robustecido é inmortalizado por el fanatismo de las llamadas guerras de religión, apoderándose y sorprendiendo los más ocultos secretos de la conciencia, centralizador mezquino de una ciencia que no se atrevía á revelar al pueblo por temor que su monopolizada ignorancia, despertando á la nueva luz, llegase á vislumbrar entre el rústico cilicio de un monge hipócrita y sensual, la lepra que le cubría el alma, fué, sin embargo, cuando las instituciones monásticas, á pesar de todo, tuvieron un objeto, cual fué la salvación del arte y de los frutos de la inteligencia, del naufragio social que amenazaba destruir al mundo.

Todas las instituciones, en su juventud, han contribuido más ó ménos directamente al progreso social. El Cristianismo teórico solo sirvió para fanatizar y enloquecer con el fantasma de una bienaventuranza eterna á espíritus tímidos é impresionables, arrancando brazos útiles á la sociedad y á la familia para servir de instrumentos de una repugnante maceración en los escondidos desiertos de la Tebaida, ó en las sombrías celdas de un monasterio aspillero. El Cristianismo práctico puso á tributo las conciencias, amedrentándolas con el ideal de sus más tenebrosos sofismas y con la excomunión de sus Pontífices soberanos. Roma volvió á erguirse despótica y avasalladora como nunca, fusionando á los plés del sáculo de sus Papas con el poder temporal de sus sensuales Calígulas el imperio espiritual de su prostituido sacerdocio.

El Cristianismo, ese primitivo código del progreso humano, que se llama *Evangelio*, al depurar sus parabólicos preceptos en el puro crisol del libre examen, trastornó la inteligencia, creó el excepcionismo y la duda, y se declaró abiertamente perpetuo rival del progreso moral y espiritual en todas sus espontáneas y múltiples manifestaciones. Esforzándose por combatir los excesos del politeísmo y de la idolatría, elevó estatuas de oro, santificó ridículos engendros y beatificó maníacas criaturas, ávido de mantener incolmable el escandaloso comercio de sus *Bulas* y el misero arbitraje de sus *Indulgencias*.

Reflejo fiel de la superstición fantástica é ideal con que logró trastornar al mundo, aun visiblemente se evidencia al través de largas generaciones en los inspirados productos del pincel y del buril de los primeros intérpretes del arte. Confuso laberinto de lascivos serafines, de enamoradas *madonnas*, de fantásticos espectros, de profano y místico; de gigantescas y sombrías bóvedas; todo misterio y éxtasis; todo luz y sombra, que contribuyendo á impresionar los sentidos, encadenaba el espíritu del hombre en un misterioso círculo de bellezas y vampiros, invitándole á un éxtasis reflexivo con el humo del incienso y el eco devoto de sus ininteligibles salmodias.

Desde entonces el Cristianismo se ha resistido siempre á iniciar el progreso; es más, le ha rechazado con el anatema de sus entredichos, le ha combatido con la fuerza siempre que ha podido, y desesperado y terrible intentó aventar con las cenizas de Juan de Huss hasta el último eco de las protestas de las conciencias oprimidas.

Mas tarde, el Cristianismo se arrojó, cual sobre un tesoro codiciado, á las pintorescas playas del Nuevo-Mundo, y la avasalladora cruz de Colon fué el hacha exploradora que destruyó el silencio de sus virginales selvas la paz y la inocencia de toda una raza viril, sabia y poderosa, mientras que en el viejo continente los Pontífices explotaban á los reyes idiotas y asustadizos con el ensangrentado capuz de sus inquisidores.

Sin embargo, el progreso, el porvenir, la ciencia, la aurora, en fin, del universo, salió incolmable siempre de tan cruenta lucha, y el asqueroso y repugnante torbellino de humo que desde las terribles piras de los autos de fe se elevaba al firmamento, al descomponerse en el espacio, se purificaba, y volvía á descender como rocío bienhechor sobre esta irrefutable epopeya de la intransigente

cia y crueldad de los intérpretes de una religion toda bondad y misericordia; fertilizando á las futuras generaciones y rasgando el velo que ocultaba el fanatismo de los Pontífices y la régia superstición de los monarcas, elevó sobre la ya caduca tumba de los mártires la base del eterno templo de la verdadera igualdad, fraternidad y justicia y de la inmediata emancipación social del mundo.

ANGEL GAMATO.

LA FATALIDAD.

Que más le valiera al que pobre nace,
del sol espléndido los rayos no ver.

Allá en pobre cuna de harapos cubierta,
que cierto remueve, meciéndola en pos,
un niño dormita; su boca entreabierta
demuestra miseria, dibuja el dolor.

Nacido de padres á quien triste suerte
con seña indeleble terrible marcó,
el hado le agobia, que ya hasta la muerte
le seguirá siempre implacable, atroz.
Ha nacido pobre, y en el siglo nuestro
es esto anatema de infamia y beldad;
es mal contagioso, presagio funesto,
que imprime una historia de luto y dolor.

Miradle, ya el niño la cuna ha dejado;
su triste mirada no brilla sutil;
su flaco semblante ni está socorrido,
ni anima sus labios sonrisa infantil.

Tan solo se fijan sus ávidos ojos
en pobre pedruzco de moreno pan,
que en desnuda mesa, caudándole enojos
y avivando su hambre, despachando están.

Por fin, un descuido que tiene el que vende
le deja propicio la mano tender;
el hambre le impulse... su brazo se extiende,
recoge un pedazo y escapa á correr.

«¡Ladron! ¡Detenle! ¡Ladron!» vocifera
con voz estentórea el dueño del pan,
en tanto que turba, que el paso acelera,
de mil ministriles siguiéndole van.

Y el niño espantado por fin se detiene;
juntando sus manos implora el pedron...
mas ¡ay! que ya el mundo piedad no le tiene...
no es niño ya el niño: no es más que un ladron.

Cual fiero bandido en cárcel le encierran,
depoósito inmundo, gangrena social,
donde densas tinieblas las virtudes velan,
donde reinan tan solo la infamia y el mal.

¿Qué extraño que el niño convertido en hombre
de allí salga luego sin fe y sin honor,
si solo á sus ojos mostraron sin nombre
escenas crueles, de infamia y de horror?

Y hay más: luego el mundo le niega su apoyo,
le niega trabajo, le niega amistad;
de negro sepulcro le cava así el hoyo,
y nada le deja... sino la maldad.

Y roba, y acaso el puñal ensangrienta,
siguiendo el camino do el mal le llevo,
y crece la infamia y el crimen aumenta,
que en negro delito su frente abismo;
y el mundo separa de sí al delincuente
cual rama podrida del árbol social,
y su juez se nombra, sin ver ineluctable
que es EL el origen de todo su mal.

Y al fin un presidio, si no es un cadalso,
el crimen castiga que aquel cometió;
mas ¡ay! nada logra, que el remedio es falso,
que el mal queda siempre do siempre existió.
¿Y aquel pobre niño que desde la cuna
horrible desgracia cruel persiguió,
marcando siniestra su negra fortuna,
al nacer, qué crimen falaz cometió?
Es que nació pobre, y en el siglo nuestro
es esto anatema de infamia y baldón;
es mal contagioso, presagio funesto,
que imprime una historia de luto y dolor.
Porvenir difícil que de sí rechace,
pues queda sujeto á él al nacer;
que más le valiera al pobre que nace,
del sol esplendente los rayos no ver.

J. N.

GLORIAS CUBANAS!

III.

El clásico, el erudito, el inspirado HEREDIA es uno de los grandes poetas de este siglo. Incompetentes nosotros para juzgarle, admiradores entusiastas de sus magníficos versos, ya que no participemos siempre de la idea que los inspira, no queremos llenar con nuestro juicio las columnas de LA ILUSTRACION. Los lectores formarán el suyo con la lectura de los fragmentos al azar tomados de sus obras, que insertamos á continuación.

Véase con cuánta sencillez, refiriéndose á su lira, exclama:

En pesares y tedio sumergido
hoy la recorro en vano,
y solo vuelvo á mi anhelar insano
voz de dolor y canto de gemido.

Oigámosle apostrofar á la Inquisición en uno de sus cantos religiosos:

¡Bárbara Inquisición! Cueva de horrores,
descubre al universo tus arcanos,
y de tus sacerdotes inhumanos
los crímenes revela y los furoros.
¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas
en tu infernal abismo
apelarán á Dios del fanatismo!

Como todos los poetas, soñaba Heredia con la gloria:

Es el ánsia de gloria noble y bella;
yo de su láuro en el amor palpito,
y quisiera en el mundo que hoy habito
de mi paso dejar profunda huella.

Y como todos los hombres de corazón ardiente, admiraba y aplaudía lo grande donde quiera que lo encontraba. En su canto á *Sila* se expresa de este modo:

No fuiste vil por opresor: en vano
quisieras libertad: solo veías
crimen y esclavos. En tan negros días
yo hubiera sido, como tú, tirano.

Escuchémosle en su bello canto al inmortal Washington:

¡Oh Potomac! Del orgulloso Tíbre
no envidies, no, la delincente gloria,
que no recuerda un héroe como el tuyo
del orbe toda la sangrienta historia.

En la tumba modesta
que guarda tus cenizas por tesoro,
ni luce el mármol, ni centella el oro,
ni entallado laurel, ni palmas veo.
¿Para qué, si es un mundo
á tu gloria inmortal digno trofeo?

Lamentando la suerte de su país, que era la misma en aquellos que en los actuales tiempos, decía Heredia en el primer período constitucional:

En la opres, infeliz, hollada Cuba,
de viles siervos abatida sierva,
no es dado el hacer bien ni al mismo trono,
cuyo querer eluden los caprichos
de sátrapa insolente.

Cantando la muerte de Riego, el poeta dice:

No será para el mundo perdido
tan odioso, tan bárbaro ejemplo;
aun habrá quien venera cual templo
de su injusto suplicio el lugar,
y se indigne sobre él, que la tierra
de un patriota con sangre bañada
es tan digna de honor, tan sagrada,
como aquella en que posa un altar.

La siguiente estrofa de su himno titulado *La estrella de Cuba*, más que para los cubanos parece escrita para los españoles:

Cuando un pueblo su dura cadena
no se atreve á romper con sus manos,
bien le es fácil mudar de tiranos,
pero nunca ser libre podrá.

¡Cuánto dolor revelan los atrevidos versos de su precioso *Himno del desterrado*! Copiemos algunos:

¡Dulce Cuba! en tu seno se miran,
en el grado más alto y profundo,
las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral.
Te hizo el cielo la flor de la tierra,
mas tu fuerza y destinos ignoras,
y de España en el despoja adoras
al demonio sangriento del mal.
Y ¿qué importa que al cielo te tiendas
de verdura perenne vestida,
y la frente de palmas ceñida
á los besos ofrezcas del mar,
si el clamor del tirano insolente,
del esclavo el gemir lastimoso,
y el crujir del azote horroroso
se oye solo en tus campos sonar?

De un tumulto de males cercado,
el patriota inmutable y seguro,
ó medita en el tiempo futuro
ó contempla en el tiempo que fué.
Cual los Andes en luz hundados
á las nubes superan serenos,
escuchando los rayos y truenos
retumbar hondamente á su pié.

En otra de sus composiciones á los cubanos, les decía:

La agonizante patria gime triste
y no la salvarán clamores vanos;
cuando amagan y truenan los tiranos
en hierro y sangre la salud consiste.

Emigrado en Méjico, y soldado de la naciente República en la época de la intencionada reconquista del célebre Baoradas, empuñó la lira de Tirteo para alentar á los defensores de su patria adoptiva:

¡A lidiar! ¡a vencer! Yo os lo juro
sombros augustas. Mi alma enajenada

cede al Dios que me inspira;
dejad la grave toga y blanda lira
para esgrimir la vencedora espada.

Desengañado ya del mundo y de los hombres, y viendo en las Repúblicas de América, lo mismo que en la realista Europa, la reaccion triunfante, exclama con varonil ardor:

Si el despotismo
al orbe albruma con su férreo cetro,



FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES.

será mi asilo el mar. Sobre su abismo,
de noble orgullo y de venganza lleno,
mis velas desplegando al aire vano,
daré un corsario más al Oceano,
un peregrino más á su hondo seno.

Es muy notable su himno *Al Sol*, escrito algunos años antes que el de Espronceda. Su oda *Al Mar* tiene versos y pensamientos como los que siguen:

Augusto primogénito del Caeo
al brillar ante Dios la luz primera,
en su cristal sereno

la reflejaba tu cerúleo seno:
y al empezar el mundo su carrera,
fué su primer vajido
de tus soberbias olas agitadas
el solemne rugido.

Veamos cómo se expresa en la oda *A Bolívar*:

Tu espíritu feliz á Súero llena,
y un mundo por tu génio libertado
en Ayacucho al fin ve destronado
el postrer eslabon de su cadena.
Allí el ángel de América la vista
dilata por los llanos

desde la nube umbrosa en que se asienta,
y con terror involuntario cuenta
seis mil patriotas y diez mil tiranos.

.....
Cuando tu gloria el universo abarca,
libertador de esclavos á millones,
¿te querrás abatir hasta monarca?

¿Qué gloria humana
puede igualar á tu sublime gloria?
¡Oh Bolívar divino!
tu nombre diamantino
rechazará las olas con que el tiempo
sepulta de los reyes la memoria;
y de tu siglo al recorrer la historia
las razas venideras,



LAS POBRECITAS.

con estupor profundo
tu génio admirarán, tu ardor triunfante,
viéndote sostener, sublime Atlante,
la independencia y libertad de un mundo.

La falta de espacio nos impide trasladar completa su
célebre oda *Al Niágara*. Juzguen nuestros lectores por
los versos que siguen:

¿Qué voz humana describir podría
de la Sírte rugiente

la aterradora faz? El alma mía
en vago pensamiento se confunde
al mirar esa férvida corriente
que en vano quiere la turbada vista
en su vuelo seguir al borde oscuro
del precipicio altísimo: mil olas
cual pensamientos rápidas pasando,
chocan y se enfurecen;
y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡Ilegan, saltan! el abismo horrendo
devora los torrentes despenhados:
crózanse en él mil iris, y asordados
vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
rómperse el agua: vaporosa nube
con elástica fuerza
llena el abismo en torbellino, sube,
gira en torno, y al éter
luminosa pirámide levanta,
y por sobre los montes que le cercan
al solitario cazador espanta.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena
y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
hace que al recibirte
no rebose en la tierra el Oceano?

Ciego, profundo, infatigable corres
como el torrente oscuro de los siglos,
en insondable eternidad....

Si el continente americano tiene un Niágara debido á Dios, la isla de Cuba tiene otro Niágara en la oda inmortal de Heredia. Mientras las musas reciban culto del hombre, y América subsista, y se hable sobre la tierra la lengua de Cervantes y Calderon, Quintana y Espronceda, no se perderá la memoria del ilustre Heredia en la conciencia de la humanidad. Uno de sus compatriotas, el aplaudido poeta Saturnino Martínez, ha dedicado un recuerdo al más interesante célebre de los poetas cubanos en el siguiente soneto, que es un monumento digno del vate ilustre que consiguió inspirar tan acabados versos:

HEREDIA.

Al rudo pió de la veloz corriente
sentóse á reposar el peregrino;
y pájaro cantor, mezcló su trino
al ronco son del magidor torrente.

La blanca espuma en confusión hirviendo
formando vaporoso torbellino,
con densa nube encapotó el camino
que lo apartaba de la zona ardiente.

Coloso allí, sobre el peligro insano
alzó con calma la cabeza al cielo
el valiente cantor americano:

¡Yo soy Heredia! ¡oh Niágara profundo!
dijo: y la fama con gigante vuelo
abrió á su nombre la extensión del mundo (1).

Los poetas han sido profetas en todas las edades: Séneca anunció el descubrimiento de un mundo occidental quince siglos antes de nacer Colon; Dante adivinó en su siglo la unidad de Italia, que aun no se ha completado en nuestros días; Heredia concluye uno de sus más bellos himnos con la siguiente estrofa, digna de su musa, que es una verdadera profecía:

Cuba al fin, te verás libre y pura
como el aire de luz que respiras,
cual las ondas hirvientes que miras

de tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan,
del tirano es inútil la saña,
que no en vano entre Cuba y España
tiene inmenso sus olas el mar.

N. ESTÉVEZ.

GOYA.

Francisco Goya y Lucientes es sin duda una de las glorias más grandes y puras de nuestra patria.

Nació en 1746 en Fuen de Todos, pequeña aldea de Aragón, y recibió sus primas lecciones del modesto grabador zaragozano José Luzán, de quien se separó apenas pasados cuatro años.

Entusiasta por la naturaleza, estudió para arrancarle sus más íntimos secretos, y no tardó en dirigirse á Roma, deseoso de crearse una escuela propia que, si no exenta de defectos, tuviera á lo ménos el mérito de la originalidad.

Con un gran nombre, querido y admirado de todos, volvió á España, y á pesar de que fué nombrado pintor de cámara del rey Carlos IV, la independencia de su carácter, el amor á su patria y á la libertad, su incomparable gracia y su grande aticismo, le hicieron retratar los vicios de aquella sociedad corrompida y las costumbres populares de la época.

Para dar á nuestros lectores una idea exacta del hombre extraordinario cuya vida reseñamos, vamos á transcribir la descripción que de él hace el distinguido escritor Sr. Picon en su popular zarzuela *Pan y Toros*:

«CAPITAN.—¿Y qué aventuras nos cuenta el pintor Francisco Goya?

GOYA....—Durante tu larga ausencia en Roma estudié algun tiempo, y al volver me abrió sus puertas la fábrica de tapices. Allí con Mengs pinté escenas populares y campestres, brujas, ladrones, meriendas, muchas corridas de toros y caprichos más de ochenta. Rembrandt y Diego Velazquez son mis modelos de escuela. Retraté á Floridablanca, á Moratin, Villanueva, á la Tirana y á Maíquez; á las célebres duquesas de Alba y de Benavente, á Carlos cuarto, á la reina...

ABATE....—Al tio Rico el choricero y á otras personas de cuenta. Es todo un pintor de cámara, con su estudio en la ribera del tísico Manzanares, mimado por la nobleza y adorado por el pueblo, que le admira y le venera.»

No falta quien critique las obras de Goya por no estar acabadas, y por ser, dicen, bocetos en su mayoría; posible es; pero su génio sabía imprimir un sello tal de originalidad á sus cuadros, que aquellos bocetos incor-

(1) El autor de este soneto no le han sustado todavía.

rectos y aquellas obras sin terminar demuestran, á nuestro juicio, al hombre cuyo talento rebosaba hasta perderse.

¿Quién, al visitar las salas del magnífico palacio del Escorial, no ha admirado sus magníficos tapices representando las populares meriendas, los más celebrados toreros, las majas más renombradas y las duquesas más conocidas? Y si esto no bastara, sus bellísimos y originales *Caprichos* podrán dar á nuestros lectores alguna, aunque pálida idea, de aquel génio extraordinario.

Sordo desde los trece años y casi ciego á los ochenta, pintaba sin embargo con el mismo cuchillo con que extendía los colores en su paleta.

Entre sus mejores obras merecen citarse el cuadro en que se retrató moribundo, en el instante de tomar una medicina de manos del doctor Arrieta; las pinturas al fresco de San Antonio de la Florida, en que retrató á las hermosuras de la corte en figuras de ángeles y mancebos; la cúpula de la iglesia del Pilar de Zaragoza; el cuadro de la catedral de Valencia representando al duque de Gandía (San Francisco de Borja) dando el último adiós á su familia al encerrarse en un convento; varios notables lienzos en la catedral de Sevilla y su célebre colección de grabados representando *Los desastres de la guerra*, etc. etc.

En busca de algun alivio á sus dolencias marchó Goya á Francia, terminando sus días en Burdeos el 16 de Abril de 1828.

Como una muestra de su notable ingéñio, reproducimos uno de sus más bellos *Caprichos*, que lleva por título *Pobrecitas*.

Su muerte fue una gran pérdida para las artes, y nunca se alabaré bastante al hombre que, solo, sin recursos y sin maestros, supo, con su poderoso génio, crear una nueva escuela y levantar el arte, que yacía moribundo.

LASSO.

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

Modo de hacer comestibles todas las clases de hongos y setas.

La moda quiere que todo el que cuenta con medios suficientes, ó se halla colocado en cierta posición social, vaya á los baños ó por lo ménos á tomar fuera de Madrid, aires más puros que los que aquí se respiran. Llámase á esta huida de los calores *veranear*, y lo cierto es que solo los que de Madrid se dirigen á las provincias meridionales de España *veranean* en la verdadera acepción de la palabra, y mucho más si van á residir en grandes ciudades poco diferentes de aquella que abandonan.

Imparcialmente hablando, y sin que sea nuestro intento dar á estas revistas el menor carácter político, no dejaremos de encontrar extraño que todos ó casi todos nuestros modernos hombres públicos, no obstante su poca edad, necesiten de mes en mes, desde que el frío concluye, bañarse en diversas aguas medicinales. Esto, que por un lado puede hacerlos interesantes, contribuyendo á que se considere tal falta de salud como conse-

cuencia de las graves y penosas tareas desempeñadas en servicio y pró de la patria—que es á quien corresponde decir si toca ó no las ventajas de esos trabajos insalubres y abrumadores—tiene por otra parte el inconveniente de inspirar á los maliciosos comparaciones y pensamientos que nos guardaremos de reproducir, y que cuando ménos tienden á poner en duda la nitidez política de los que tantos lavatorios se dan ahora, y antes vivían tan sin ninguno.

Lo que sí comprendemos y aplaudimos es el acuerdo tácito á que parece obedecer el ilustrado Cuerpo facultativo de Madrid, procurando que durante los calores estivales se disminuya todo lo posible en la capital de España la densidad de la población y se repongán algun tanto los fatigados pulmones de los madrileños, que por muchos meses han resistido y tienen luego que resistir las acerbadas brisas de la sierra, la perniciosa acción de una atmósfera siempre cargada de miasmas destructores, el cansancio que la especial estructura y aglomeración del caserío ocasionan, y los estragos de una actividad que lo mismo en los placeres, que en el trabajo productivo, consumen y aniquilan las fuerzas vitales. Las condiciones del aire respirable en una gran población son tan distintos, segun experimentos químicos que expodré en otra ocasión, de las que el mismo aire tiene en los pueblos pequeños ó en el campo, que no hay motivo para burlarse de los que, no pudiendo permitirse más, veranean en las cercanías de Madrid. Felices ellos y desgraciados los que, ó por quehaceres apremiantes ó por otros motivos que se adivinan sin ser manifestados, tenemos que prescindir de la regalada vida de los establecimientos balnearios vascongados, del ambiente salado del mar, de los placeres que procuran las improvisadas sociedades veraniegas, y hasta del reposo que disfruta el que con licencia y sueldo, se instala por un mes entero en Getafe, en Pinto, en Leganés ó en Vallecas.

El solo recurso que nos queda á los que nos vemos reducidos á pasar el estío en Madrid, es informarnos cuidadosamente de quiénes son los amigos ó conocidos residentes en los pueblos inmediatos, y favorecerlos con la sorpresa de nuestras visitas los domingos y días festivos.

Cierto que estas visitas, á veces muy numerosas, suelen no ser agradables á los que las reciben, porque los obligan á alterar sus horas; á buscar entre sus convencios, igualmente abrumados de huéspedes, vajilla y ropas de mesa, de que carecen; provisiones difícilísimas de hallar en los alrededores de Madrid á ninguna hora y á ningún precio, y á veces también colchones, pues entre los visitantes los hay que se permiten ó se ven precisados á pernoctar en las nada extensas y cómodas moradas de los visitados; pero el que sale de Madrid dispuesto á pasar lejos de él algunas horas, ni se detiene en la tribulación que causa, ni, comunmente, por más que la conozca, piensa en disminuirla.

Nosotros, por más que sea hacer nuestro propio elogio, debemos declarar que, si bien nos permitimos sorprender á nuestros amigos veraneadores cerca de Madrid, ni los hacemos madrugar, ni dejamos de llevarles algunas fruslerías y elementos para ciertos platos que en los pueblos siempre faltan, ni consentimos que se nos trate sino campestremente, ni damos nunca la molestia

de hacer que nos preparen cama; así es que somos siempre bien recibidos. Un domingo de Setiembre último que el tiempo prometía estar muy bueno, recordamos que en Pozuelo habitaba una familia á la que no habíamos visitado, á pesar de sus reiteradas invitaciones, y levantándonos tempranito, emprendimos el camino de la estación del Norte, pasando antes por el mercado de San Miguel, donde compramos un trocito de ternera, otro de merluza y unos pocos cangrejos. También hubiéramos tomado setas, de que había grande abundancia, y que nos gustaron muchísimo, á no haber reflexionado que era lo más sencillo salir á paseo por el campo con los amigos á quienes íbamos á ver y recolectar personalmente el apetecido manjar. Así nos evitábamos la molestia de trasportarlo y tendríamos el gusto de cogerlo y comerlo fresco, que es lo que solemos hacer siempre.

Nuestra llegada á la casa de nuestros amigos fué recibida con la mayor alegría, y los niños acogieron con un júbilo inmenso la idea de acompañarnos á buscar setas en los rastrojos. No manifestaron el padre y la madre igual satisfacción, y la segunda, haciéndose, á lo que comprendimos, alguna violencia, nos preguntó si tendríamos la certeza de no coger setas venenosas.

—No extrañe Vd. la pregunta, añadió; bien conocemos que Vd. no nos causará voluntariamente daño alguno; pero por más que me agraden, yo tengo á las setas no recogidas por quien lo entienda muy bien, un miedo atroz. Todavía no hace veinticuatro horas que en la vecindad ha ocurrido el envenenamiento de una familia, que comió setas cogidas por ella misma, y eso que las probaron dejando dentro del guiso una cuchara de plata.

—Señora, contesté, yo no soy un botánico bastante fuerte para distinguir todas las clases de setas, y sé que la ciencia no posee medio alguno positivo de diferenciar las setas y hongos comestibles de los más ó menos sospechosos. No obstante, las setas son uno de los alimentos por que deliro, y como aquí se consumen únicamente las de cardo y las secas procedentes del extranjero y Cataluña, dejando perder en la tierra multitud de clases exquisitas, yo aprovecho el temor popular, y empleando un medio que diré á Vd. enseguida, como sin aprensión grandes porciones de ese vegetal á que tan aficionado soy. Naturalmente prefiero las setas de los rastrojos y alturas á las que se crían entre el arbolado y en lugares sombríos; desecho las poco carnosas, las que tienen olor desagradable ó mal sabor, porque no hay peligro en averiguar esto, poniendo un momento entre la lengua y el paladar un pedacito de seta que luego se arroja; las muy quebradizas, las de carne esponjosa, las no perfectamente sanas, las que ya empiezan á secarse ó ponerse lácias, las mucilaginosas exteriormente y las de ellas que no son atacadas por ningún insecto. Siguiendo estas indicaciones generales, que tienen pocas excepciones, estoy casi seguro de no coger setas ni hongos venenosos; pero para tranquilizarme enteramente, sea que me haya equivocado ó no, jamás como setas sin someterlas á una serie de manipulaciones que diré á usted, y después de lo cual las setas y hongos conservan un sabor grato ó desagradable, según sus especies, mas con certeza, cualquiera que sea la energía de los principios venenosos que encerraban, pueden comerse im-

punemente. Fijese Vd. bien en mi receta, que es por demás sencilla; póngala Vd. en práctica antes de condimentar clase alguna de setas, y riase Vd. del experimento de la cuchara, que sus vecinos de Vd. envenenados no dejarían de emplear, y de las setas y hongos venenosos.

La sustancia deletérea de todas las clases de setas no comestibles sin preparación, es siempre soluble en el agua y sobre todo en la caliente, en la acidulada con vinagre y en la salada. Las setas, recién cogidas á ser posible, pues según se secan y transcurre tiempo después que se han cogido el veneno adquiere actividad, se parten en cuatro, seis ú ocho pedazos con arreglo á su tamaño; se mordan, limpian y lavan, y se ponen de dos á tres horas en agua ácida ó salada. Cada libra de setas necesita unos dos cuartillos de agua con dos cucharadas de vinagre ó tres de sal. Después del tiempo dicho las setas se sacan del líquido en que están y se lavan en mucha agua; enseguida se ponen en otra agua que estará fría, al fuego, y se hierven por espacio de quince ó veinte minutos. Hecho esto se retiran de la lumbre y del agua en que han coccido, se lavan nuevamente en otra, se exprimen bien, se las deja enjugar y se procede á guisarlas. Confieso que la operación es algún tanto molesta; en cambio permite poner á la mesa sin aprensión algunas infinitas clases de setas y hongos de delicadísimo sabor, y que se aproveche por todo el mundo un producto vegetal abundantísimo y que la inseguridad del daño que puede ocasionar contribuye á que se pierda por los campos en cantidades inmensas, lo cual es una lástima.

—Pero, tú, observó el jefe de la familia después que hubimos terminado, ¿no abrigas ninguna duda sobre la eficacia del procedimiento que nos acabas de exponer?

—Ninguna; lo he empleado mil veces y jamás he sufrido la menor molestia. Además, no se trata de una invención mía, ni de cosa que no conozcan muchísimas personas, y sobre lo que no se hayan verificado en otros países numerosas experiencias oficiales y particulares.

—Siendo como dices, replicó mi amigo, podremos hacer el ensayo.

—Al momento, respondimos. De lo que recojamos, ateniéndonos á las indicaciones y preparación que hemos dicho, se condimentará un plato que Vds. no probarán, y luego, cuando con nuestro ejemplo se hayan ustedes convencido de que el manjar es aceptable é inofensivo, harán Vds. lo que les parezca.

Este programa era razonable y fué puesto en ejecución. Cosecharon las setas entre risa y algarazara y discutiendo los signos exteriores que las habían ó no de hacer desear.

—Lo que no me explico, dijo uno de los niños, es por qué tratándose de un alimento han de preferirse á las clases que se presentan siempre intactas las que ofrecen señales de servir de pasto á los insectos. A mí no me gustan las cosas de comer que tienen bichos.

—Ni á los bichos, hijo mío, ó por lo menos á los visibles sin lente ó microscopio, las setas que contienen veneno.

Vueltos á casa, la criada arregló, bajo nuestra dirección, una regular cantidad de esos hongos, indudablemente dañinos, que nacen envueltos en una tela que á poco de nacer rompen, y cuyos restos conservan sobre

el sombrero y formando un anillo en la parte superior del tallo. El apetito con que nuestros amigos nos vieron almorzar y lo bien que el almuerzo nos sentó, hubo de animarlos y desvanecer las prevenciones que contra los hongos pudieran abrigar aun, de modo que á la hora de comer hicieron honor completo á una gran fuente de hongos de la dicha especie.

—Están efectivamente riquísimos, decía el ama de casa al servirse por segunda vez, si bien en tan corta por-

ción, que demostraba un resto de recelo ó una prudencia que no pudimos ménos de aprobar tratándose de un alimento que es por sí mismo extremadamente fuerte; están riquísimos, y es menester que no se vaya Vd. sin dejarme escrito cuanto me ha dicho hoy respecto á las setas.

—Pero, chico, exclamó nuestro amigo, repitiendo en dósís no tan prudente como su esposa, ¿dónde has aprendido esta manera de convertir un veneno en un verda-



PATIO DE UNA CÁRCEL DE MUJERES.

dero maná? Por mi parte te doy un voto de gracias por tu descubrimiento, y haré uso de él con frecuencia, ya por razones de economía, ya por variar.

—De nada debe abusarse, contestamos, y en cuanto al voto de gracias no podemos admitirlo; quien lo merece es Gerard, que ya hace veinte años dió á conocer en Francia el método de sanear las setas que hoy hemos puesto aquí en práctica.

—Pues yo no tenía noticia de él, y creo que en vez de escribir en un pliego de papel las instrucciones que este te pide, debes hacer un articulo y buscar algun periódico que lo inserte. Hay cosas que importan á todo el mundo, y la presente es una de ellas.

—El consejo es excelente y lo seguiremos.

Tal fué la respuesta que dimos á nuestro amigo, y

hoy, en cumplimiento de ella, ofrecemos al público el relato que antecede, y hubiéramos querido fuese más corto, aunque suponemos que en gracia de su interés, ya que no de nuestro estilo, no habrá fatigado mucho á nuestros lectores.

NARARIO DE JOSA.

PATIO DE UNA CARCEL DE MUJERES.

Después de lo que hemos dicho en nuestro número anterior sobre el inicuo sistema de cárceles que hoy nos rige, nada más creemos deber añadir, si no es excitar el celo de quien corresponda para conseguir una pronta y radical reforma á tanto crimen é inmundicia.

TEATROS.

Español: *El caballero de Gracia*, drama tradicional en tres actos.—
El libro azul.

Este drama, tan poco meditado, que hace resultar falso su plan é inverosímiles sus situaciones, habria sido una de tantas obras destinadas á pasar por la escena como nube de verano, á no encontrar un Rafael Calvo, verdadero Franklin, que, arrancando á la nube la chispa abrasadora, iluminase con ella durante varias noches la escena del teatro Español.

Fundado el argumento de este drama en la célebre tradicion que da nombre á la calle del Caballero de Gracia, el autor ha querido presentar en el protagonista de su obra, el opulento y galante modenés Jacobo Grattis, una copia de nuestro inolvidable y tradicional D. Juan Tenorio; y siendo esto así, cómo el Sr. Larra se ha atrevido á insultar la memoria de Tenorio, llamándole por boca del hostelero *bravucón* y otras mil lindezas, cuando su imitador Jacobo Grattis carece del valor, de la nobleza, la galanura y generosidad, que tanto distinguan á nuestro fabuloso D. Juan?

Jacobo Grattis persigue á la hermosa Leonor Garcés, esposa del noble D. Juan de Silva, enviado á la sazón á la corte de Nápoles por el rey Felipe II. ¿Y qué hace para conseguir su amor? ¿Qué recursos extraordinarios emplea? ¿Qué idea luminosa é increíble llega á realizar? ¿Qué medios extraños pone en juego? ¿Dónde y cómo despliega su talento, si todo él se reduce á sobornar una criada y á presentarse en casa de D. Juan cuando vuelve precipitadamente á Madrid llamado por el rey; esto é lo más podrá demostrar audacia, y harto sabe el Sr. Larra que jamás á los audaces se les reconoce valor.

Este Jacobo Grattis sedujo en Nápoles á la hermosa Angelina, hija del noble duque de Moncasi, y este desgraciado amor costó la vida á su padre, que pereció bajo la espada de Jacobo, perdiendo Angelina el honor y la razon, no sin lanzar sobre su seductor la más terrible de las maldiciones.

Esta bellísima historia, lo único que en toda la obra cautiva la atencion del público, vale infinitamente más que el drama; es decir, que un detalle está por encima de la accion; que lo ménos se sobrepone á lo más, y esto es completamente imposible.

Es inverosímil que el *valeroso* Jacobo Grattis, cuando está en la hostería con sus amigos, tan solo por oír al capitán que ha dejado en Flándes una querida llamada Angelina, se lance fuera de la casa, asustado como una mujer ó un niño, y pase á los ojos de sus amigos por el más grande de los ridículos. ¿Y para qué? Para tornar luego de haber aspirado el fresco de la noche y proponer apuestas de quitar á sus amigos sus amantes, que son una imitacion, y mala, de las célebres apuestas de D. Juan Tenorio.

¿Dónde está el valor de Jacobo, que siempre se presenta á Elvira con más *deseo* que amor, jurando matarse, y no solo no se mata, sino que huye en cuanto ella pide socorro?

¿No le parece extraño al Sr. Larra que Andrés y don Juan de Silva sueñen á voces y pronuncien el nombre de Angelina, dando lugar á los celos de Leonor y á que su

esposo le cuente la historia de aquella desdichada niña, y sobre todo, no cree precipitado y terriblemente violento el instante en que Jacobo, teniendo á Leonor á su lado, cae de rodillas al escuchar de su boca la maldicion de Angelina, tomando á Leonor, á quien acaba de estrechar entre sus brazos, por un fantasma, y se arrepienta, y llora, y decida encerrarse en un claustro, legando á los pobres todas sus riquezas; ni cómo Leonor, que tan solo una vez ha escuchado la maldicion de Angelina, la ha conservado tan impresa, que en tan crítica situacion se la repite sin faltarle punto ni coma? Ciertó que el pensamiento es bello, pero la situacion es tan forzada y violenta, que destruye todo el efecto, y gracias á Rafael Calvo, verdadera joya de la escena española, no solo se ha salvado, sino que el ruido de los entusiastas aplausos que el público tributa al artista ahoga los defectos de la escena.

El desarrollo de la trama es frio y el acto segundo se arrastra lánguidamente, pudiendo asegurarse que los dos actos primeros se han escrito para realzar el tercero, en que el autor ha presentado una escena de primer orden entre Leonor y su esposo.

Reconociendo que la obra, á pesar de los defectos que señalamos no carece de bellezas, ¿por qué el Sr. Larra no ha seguido la tradicion que hace á Leonor, esposa de un infanzon aragonés encargado en Madrid de una mision diplomática? Creemos que con esto y con pintar el trágico suceso de Angelina, acaecido en Madrid, la obra hubiera ganado mucho en interés y verdad.

La ejecucion buena en general, si bien, y sentimos volver á insistir sobre esto, hallamos al Sr. Pizarros un tanto exagerado y bastante desentonado al Sr. Osorio.

La señorita Boldum tuvo felices momentos y conquistó justísimos aplausos, y si logra olvidar esa pequeña canturía y deja de arrastrar tanto la frase, seguros estamos de que el porvenir es suyo, pues á su belleza y elegancia reúne un clarísimo talento y facultades poco comunes.

¿Qué diremos de Rafael Calvo que no le hayan dicho por nosotros los entusiastas aplausos del público, que le considera hoy con justicia, como uno de los primeros actores de la escena española?

La señorita Rubio no pasó de mediana, sobre todo en el acto tercero; en cambio el Sr. Maza caracterizó y dijo con gran discrecion y talento su papel de Felipe II.

La comedia en un acto, arreglada del francés por el Sr. Lustonó, *El libro azul*, y que nosotros creemos debiera titularse el libro *verde*, obtuvo el más lisonjero éxito, conquistando grandes aplausos Pepita Hijosa y Mário.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPANA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

—¡Eh! ¡Qué no se hace por amor á los derechos del hombre, de la diosa Razon y del Máximun, sobre todo cuando os alienta una verdadera ciudadana!

—¡Señor Richter, callad! exclamó el mauser con fuer-

te voz. El señor doctor es tan buen alemán como vos, y esa mujer de quien hablais sin conocerla es honrada. El doctor Jacob ha cumplido con su deber salvándola la vida; debiais avergonzaros de excitar las gentes del pueblo contra una desgraciada que no puede defenderse; ¡eso es abominable!

—Callaré si quiero, gritó Richter á su vez. Vos hablais demasiado alto, y no parece sino que han ganado la batalla los franceses.

Al oír esto el mauser, cuyas sienes y mejillas se habían puesto de color de ladrillo, pegó un puñetazo en la mesa, derribando vasos y botellas, y pareció querer levantarse, pero se contuvo y dijo:

—Tengo por lo ménos tanto derecho como vos, señor Richter, para regocijarme por las victorias de la vieja Alemania, porque soy viejo alemán como mi padre, mi abuelo y todos los mausers conocidos hace doscientos años en el pueblo de Anstatt para el cuidado de coqueñas y la caza de topes, mientras los cocineros de los Salm-Salm, de padres á hijos, se paseaban con sus amos por Francia, moviendo el asador y lamiendo las carcerolas.

Toda la sala estalló en carcajadas al oír esto, y viendo el Sr. Richter que la mayor parte estaba contra él, juzgó prudente moderarse y contestó con calma:

—Nada he dicho en contra vuestra ni del doctor Jacob; al contrario, sé que el señor doctor es hombre hábil y honrado. Pero esto no impide que un día como hoy deba regocijarse todo buen alemán. Porque, sabedlo bien, no ha sido una victoria ordinaria, sino el fin de esa famosa República una é indivisible.

—¿Cómo! ¿Cómo! exclamó el viejo Schmitt; ¿el fin de la República? ¡Eso sí que es nuevo!

—Sí, no dudará ya seis meses, dijo Richter con tono seguro; porque desde Kaiserslautern serán barridos los franceses hasta Hornbach, de Hornbach á Sarrebruck, á Metz y así sucesivamente hasta París. Una vez en Francia encontraremos legiones de amigos que nos ayuden; la nobleza, el clero y las gentes honradas están con nosotros y solo esperan al ejército para levantarse; y qué podrán hacer esas masas de tunantes, arrojados á derecha é izquierda, sin oficiales y sin disciplina, ante soldados veteranos, firmes y como rocas, que avanzan en buen orden de batalla bajo la dirección de la vieja raza guerrera? Dios perillanes sin un solo general, sin un verdadero cabo *schelague*, campesinos, mendigos, verdaderos descamisados, ¿qué podrán hacer, repito, contra los Brunswick, los Wurmsen y otros centenares de antiguos capitanes experimentados en todos los peligros de la guerra de los Siete Años? Serán dispersados y morirán por millares como las langostas en otoño.

Todos pensaban como Richter, y algunos decían:

—Eso se llama hablar; hace mucho tiempo que oprimos lo mismo.

El mauser y Koffel callaban; pero el viejo Adam Schmitt movía la cabeza sonriendo. Despues de un momento de silencio dejó la pipa sobre la mesa y dijo:

—Señor Richter, hablais como el almanaque; predecís lo porvenir de un modo admirable; pero todo eso no es tan claro para los demás como para vos. Creo desde luego que la vieja raza produce generales; puesto que los nobles nacen capitanes; pero de tiempo en tiempo tambien pueden salir generales de la raza de los cam-

pesinos, y estos no son los peores, porque llegan á serlo por su propio valor. Esos republicanos que os parecen tan torpes, suelen tener á veces muy buenas ideas; por ejemplo, establecer que cualquiera pueda llegar á feld-mariscal, con tal de que tenga valor y capacidad; con esto se baten los soldados como verdaderos demonios; se fijan en las filas como clavos y avanzan como balas de cañon, porque tienen la seguridad de ascender si se distinguen y llegar á capitanes, coroneles ó generales. Los alemanes se baten ahora para tener amos, y los franceses para no tenerlos, lo cual es tambien gran diferencia. Yo lo estuve viendo desde el piso principal de casa de maese Demier, enfrente de la fuente, durante las dos cargas de los croatas y los hulanos, cargas magníficas en verdad; pero bien, os aseguro, Sr. Richter, que me asombré ver cómo las sostuvieron esos jacobinos. Su comandante me causaba alegría con su anejo rostro de campesino lorenés y sus ojillos de javalí. No estaba tan bien uniformado como un mayor prusiano; pero estaba tan tranquilo á caballo como si se tratase de oír tocar la música.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

«La situación es progresista-democrática.»

Esto afirman diariamente los periódicos ministeriales, y á renglon seguido dan cuenta del relevo de los militares progresistas Ametller y Palacios, de subsecretario de la Guerra y jefe de brigada respectivamente, y del nombramiento del general Rey para capitán general de Madrid, con el Sr. Vargas y Terol para segundo cabo; del Sr. Peralta para las Baleares; del Sr. Carbó para subsecretario de la Guerra; del Sr. Nuñez de Arce para consejero de Estado, y de otros muchos nombramientos de unionistas y moderados que no recordamos ni queremos recordar.

¿Pero qué extraño es que el ministerio Malcampo-Angulo, rasgando la bandera progresista y falseando los principios democráticos, se apoye en los unionistas y moderados, y aun según voz pública, se disponga á declararse francamente *conservador*, no habiéndolo hecho ya por temor á las elecciones, cuando en palacio un rey traído por los progresistas, y que ha jurado una Constitución democrática... hasta cierto punto, convida á su mesa y parte su pan, ese pan que debe á la revolución de Setiembre, con los generales Conchas, últimos ministros de doña Isabel de Borbon, y coloca á su lado, como jefe de su cuarto militar, al famoso general Gándara?

¿Y aun piensan los radicales volver á ser poder? *Jamás, jamás, jamás!*

No solo la monarquía y la libertad son incompatibles, sino que, según la célebre expresion del abate Gregoire, *la historia de los reyes es el catálogo de los crímenes y el martirologio de los pueblos*: por esto, siempre que la lucha se ha entablado entre las clases elevadas y las populares, el rey se ha decidido por las primeras, porque es lo racional y lógico.

Toda monarquía necesita nobleza, como todo drama ha menester comparsas, y jamás habreis visto un rey, ni en palacio, ni en el teatro, sin su acompañamiento de duques, condes y marqueses.



«¿Qué nobleza han aportado los radicales á esta dinastía que elevaron sobre las ruinas de la anterior, sobreponiéndose á la voluntad nacional? Ninguna.

Toda monarquía ha menester de clérigos, confesores y arzobispos, y vosotros habeis levantado un muro entre el rey y el clero.

Toda monarquía necesita rodearse de sables, de esa cohorte de generales ambiciosos, que á falta de gloria ostentan faja, aunque en su hoja de servicios se lee: *tal-lor, se le supone*: y como carecáis de ellos, la habeis rodeado de militares de otros partidos, que fieles á sus antecedentes os han arrojado de palacio.

Toda monarquía necesita palaciegos, y vosotros no lo sois, y, oído por mucho que os pese: JAMÁS VOLVEREIS Á SER PODER.

Os acusan de anti-dinásticos, y lo sois; pero callais para ver si os llaman al poder, y de no, para declararnos mañana fuera de la legalidad: tened valor y firmeza, y así como el gobierno no duda en declararse *conservador*, y así como vuestro rey no vacila en rodearse de los palaciegos de doña Isabel, decid vosotros la verdad, y entre la monarquía y la libertad colocad esta sobre aquella, como dijo el Sr. Rivero, y pensad que si hoy es tiempo aun, mañana será demasiado tarde.

La Tertulia, contestando á *La Política*, asegura que Espartero es siempre el hombre del 43 y el 56, y por lo tanto el enemigo de los *liberticidas* de ayer y de hoy. ¡Bien por el pacificador de España!

De un momento á otro se verificará el anunciado *enlace* de D. Práxedes Mateo Sagasta y sus *calamares* con la señora doña Union-liberal. A este efecto, sus tutores y amigos celebraron el domingo una importante reunión, á la que asistieron desde el alfoncino Sr. Cánovas al amadeista duque de la Torre; y desde el montpensierista, marqués de la Vega de Armijo, al *incolore* Sr. Topete, que en todas partes se encuentra: ¡con cuánta razon decia nuestro querido amigo Paul, que *jamás habia conocido un capitán de puerto más feliz que el Sr. Topete!*

Hé aquí el extracto de la reunion, que podriamos llamar *casamentera*:

Lectura de la fórmula acordada.

«Los senadores y diputados procedentes de la antigua union liberal, y los que como ellos profesan opiniones liberales conservadas, insistiendo en la conducta que han observado en el último período parlamentario, continúan prestando su apoyo al gobierno.»

Cánovas. Entre un ministerio que se apoya en los demócratas y en los elementos más demagógicos, y otro que, aunque progresista, es gobierno de orden, no es posible dudar: no le apoyamos por bueno, sino por menos malo.

«Cuánto honor para Candau!

Añadió que esta conducta era del momento, y que cambiaria segun cambiara el gobierno.

Caldéron Collantes. A este gobierno debe apoyarse por progresista.

«De tales progresistas nos libre Dios!

Ríos Rosas se lisonjeó del afecto que en el país y en todas las regiones políticas produciria semejante acuerdo.

Estas regiones debe ser palacio. Radicales, os reconciliásteis con los unionistas, y ellos os arrojan. ¡Justo castigo! ¡Terrible expiación!

La fórmula propuesta fué votada por unanimidad y se levantó la sesion.

Hasta aquí la reunion pública; pero segun nuestras noticias particulares, parece que el acuerdo *secreto* es reformar el gabinete despues de las elecciones, constituyéndole del siguiente modo: Serrano, presidencia; general Rey, Guerra; Topete, Marina; Ardanaz, Hacienda; Romero Robledo ó Ayala, Ultramar; Sagasta, Gobernacion; Candau, Fomento; Estado, De Blas; Gracia y Justicia, Alonso Colmenares.

Efectuada la *fusion ó enlace*, todo liberal debe prevenir su maleta y escoger la frontera que más le agrade; si este país no sacude pronto su altiva cabeza y cumple lo que su honra, su deber y su libertad le imponen.

La situacion de Cuba aparece más grave cada dia: con motivo de la profanacion (segun noticias del gobierno) de las cenizas del malogrado Sr. Castañon, hubo un tumulto en la Habana; el consejo de guerra fusiló 12 estudiantes, condenó varios á presidio y desterró 67 personas principales á la isla de Pinos.

La Epoca dice que la causa del motin fué el haber exigido á los estudiantes 100 pesos por matricula. El gobierno ha celebrado varios Consejos, y se habla del envio de una fuerte expedicion, al paso que circulan rumores de que los Estados-Unidos é Inglaterra pensaban intervenir, y segun las últimas noticias, la República de San Salvador se dispone á reconocer á los cubanos como beligerantes, y un telegrama semi-oficial de Nueva-York anuncia el envio de una escuadra á Cuba para proteger los intereses americanos; si á esto se agrega la repentina marcha del general Silkes, tendremos una prueba más de la grave situacion por que atraviesa la más bella de todas las Antillas, digna por todos conceptos de una suerte mejor.

El partido republicano ha acordado luchar en las elecciones, y nosotros excitamos el celo de todos nuestros amigos para conseguir el triunfo, que á nuestro juicio debe ser precursor de otro aun más grande.

¡A las urnas, por la República democrática federal!

Al fin han sido ejecutados en el campo de Satory los nobles patrios Rosell, Ferré y Burgeois.

Han muerto con un valor tan grande como la justa causa que defendieron. Su sangre cae gota á gota sobre Thiers y sus rurales, y la Francia, seguros estamos, no ha de tardar en pedirles cuenta estrecha de tan horrible crimen.

El ministerio belga ha presentado su dimision: y el señor Thomssen ha sido encargado de formar nuevo gabinete. Continúan las manifestaciones populares.

E. RODRIGUEZ SOLIS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1874.—Imp. de R. LABajos, calle de la Caboz, 47.